

Jesús, joven en discernimiento

SOÑABA CON UN MUNDO MEJOR

por José Asunción Sánchez

De joven soñaba con un mundo mejor. Quería transformarlo desde las convicciones que aprendí en mi fe y con el deseo de alegría que nacía de mi corazón. Esas convicciones de fe me sugerían actitudes de justicia, paz y bondad, de autenticidad, realismo y, sobre todo, de amor. A estas convicciones, en su conjunto, mi madre les llamaba el “corazón de Dios”. ¡Sin duda una gran metáfora! Ella decía que cada una de esas actitudes eran el tejido con el que Yahvé entrelazaba su propuesta de vida con la existencia de cada uno de nosotros. Para mí era muy complejo entenderlo, aunque alguna idea tenía. El problema no era todo eso que me sugería la fe y las Escrituras, sino mi propio corazón, no era malo, pero era tibio, tímido y acomodado en la idea de que aun me faltaba tiempo para crecer. Comenzaba el viaje que partía de mi propio corazón rumbo a su destino: el corazón de Dios.

Entre mis actividades diarias, en mi pueblo pequeño, en medio de la asamblea, con la familia, con los amigos, descubría que todos creíamos. Éramos buenos, teníamos una cierta tranquilidad que no siempre se convertía en alegría. Pero faltaba algo. Todos esperábamos algo más que aquello que vivíamos todos los días en nuestras vidas normales y anónimas. Incluso, todos esperábamos algo más que aquello que oíamos y veíamos en la asamblea congregada en torno a la Escrituras.

Entonces entendí que lo que nos hacía falta era un poco de valentía para hacer vida esa teoría de plenitud. Todos anhelábamos la promesa de Yahvé y, de algún modo, ya la vivíamos a trozos.

Pero el corazón, al menos el mío, sentía la urgencia de algo más. Faltaba ese algo que me disparara hacia aquello que anhelaba y que, en ese momento, no sabía ponerlo en palabras. Ese algo era la valentía de dar un paso.

Entonces comprendí que esa valentía se concretaba, primero, en hacer un silencio que fuera reflexión, caricia y conciencia. Pero no era un “callarme la boca” sin más, sino una actitud de escuchar la palabra de Yahvé, en las Escrituras, en la gente que me rodeaba y quería con todas mis fuerzas, en los problemas sociales que no cesaban. Y así fue. No sólo descubrí la voz de Dios, sino la mía. Y la voz de Dios traducía la imagen de mí que mi propia voz contaba. Y me descubrí frágil pero lleno del soplo vital, “uno más” entre muchos y al mismo tiempo elegido, joven viviendo un instante concreto y llamado a ser parte de una propuesta eterna. Vi que era de carne y hueso, con problemas y traumas, con proyectos y energía. Y me vi cara a cara, pero ya no solo con mis ojos que siempre encontraban algo que no les gustaba, sino con los ojos de un Dios de misericordia y luz, que abrazaba mis heridas y alumbraba mis tinieblas.

Aunque no me creas, fue cuando me di cuenta que, al verme con los ojos de Yahvé, comencé a ver todo con esos mismos ojos. Y descubrí a los huérfanos, a las viudas, a los extranjeros, a los enfermos, a los excluidos y, sobre todo, a los que se hallaban distraídos de lo más importante: el amor.

Comencé entonces a sentir las ganas de hacer algo más allá de ir al Templo. Descubrí una gran misión. Pero esa misión tenía una hermana gemela: el miedo. ¿Qué sería de mí si me comprometía con esa voz que se filtraba a través de la mía? ¿Qué precio pagaría por ver con los ojos de Dios? ¿Qué insultos o desprecios me ganaría por hacer lo que harían las manos de Dios? ¿Quién me acompañaría a caminar los caminos de Él?

Y sentí un apoyo, una fuerza, una esperanza, unas tremendas ganas de “comerme el mundo”. Y me lancé. Luego me di cuenta que Yahvé era padre, y madre, y hermano, y hermana, y amigo, y huérfano, y viuda, y extranjero... Nuestra relación era tan intensa y al mismo tiempo, tan inexplicable que le comencé a llamar Papá. Y en cada cosa Él me llamaba hijo.

Pero todo se complicó más. No tanto por la inmensidad de la misión a la que Él me llamaba, cuanto por el “qué dirán” de quienes con extrañeza me miraban. Y de nuevo comencé a sentir miedo. Experimenté soledad, incompreensión, rareza y un resoplo de dudas. Pero la voz seguía siendo irresistible. Descubrí en mí actitudes que los sacerdotes y expertos en las Escrituras casi habían olvidado. Y dudé de nuevo. Me preguntaba si mi fe y mi misión no eran algo descabellado o una locura. ¡Bendita locura! Y fue así como pude enfrentar todo lo que seguro ya conoces de mí. Por cierto, me llamo Jesús de Nazaret.